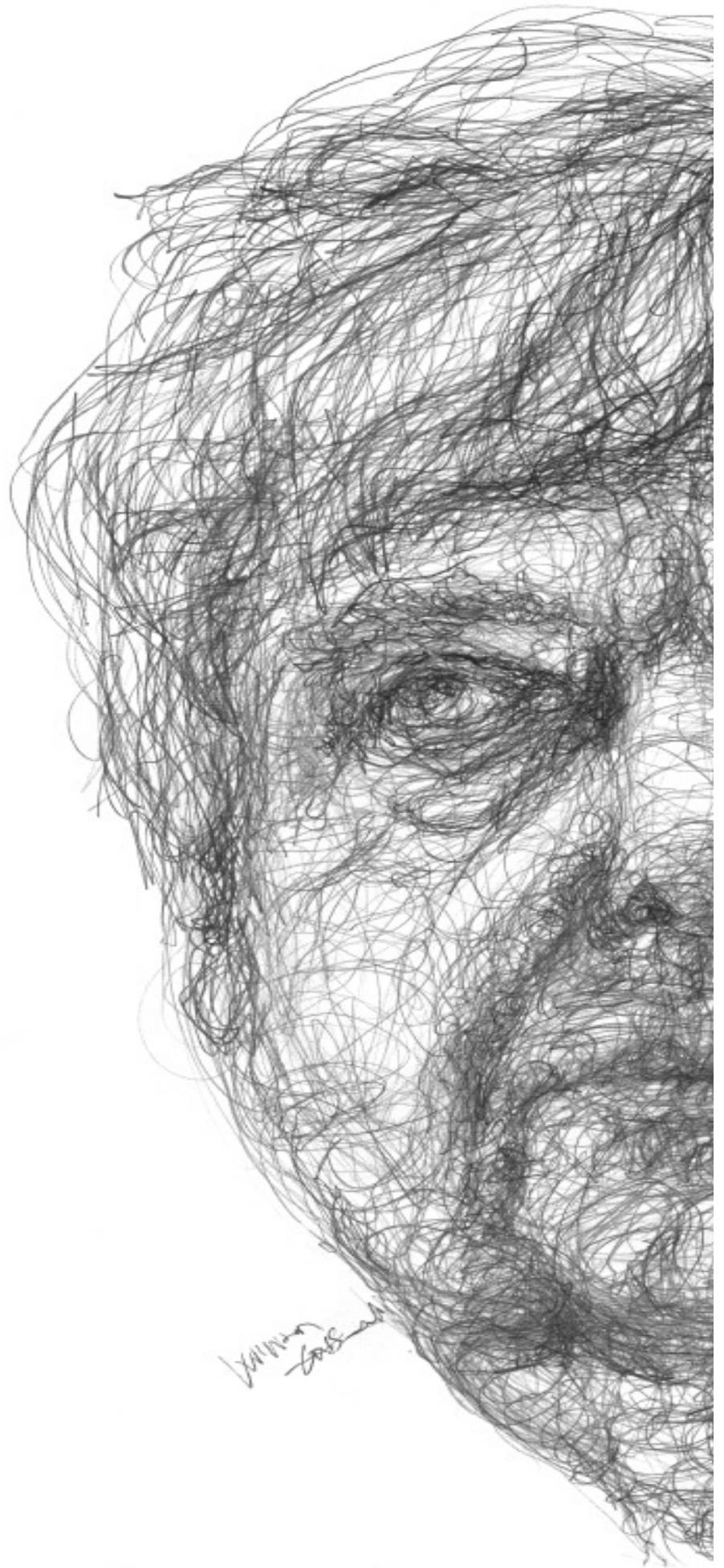




SONATA CARTESIANA
Y
OTROS RELATOS

WILLIAM H. GASS

**SONATA CARTESIANA
Y OTROS RELATOS**



Primera edición: septiembre, 2024

© del texto: Estate of William H. Gass, 1998

© de la traducción: Ce Santiago, 2024

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2024

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz Parrilla (LaPatry Cruz)

Ilustración de interiores: Laura Moreno

Traducción revisada por: Paulina Paniagua Suárez

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos S. C. L.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-10234-06-2

Depósito legal: M-18785-2024

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

EMMA ENTRA EN UNA FRASE DE ELIZABETH BISHOP	13
EL MAESTRO DE LAS VENGANZAS SECRETAS	75
BED & BREAKFAST	179
SONATA CARTESIANA	279

EMMA ENTRA EN UNA FRASE DE ELIZABETH BISHOP¹

La lenta caída de la ceniza²

Emma tenía miedo de Elisabeth Bishop. Emma imaginaba a Elizabeth Bishop tumbada desnuda al lado de Marianne Moore desnuda, con las puntas de sus narices y sus pezones tocándose; y Emma imaginaba que cada sensación que ambas poetisas hubiesen tenido en sus austeras y espirituales vidas estaba presente en esos dos pezones, justo donde los pezones se rozaban. La propia Emma era flaca hasta lo etéreo, y la habían admirado por la translucidez de su piel. Sus huesos se veían como sombras de árboles, sombras sin hojas.

¹ El lector encontrará en el texto usos no ajustados a la norma de puntuación. Hemos considerado que estas características «heterodoxas» del texto son indispensables para tener un contacto más fiel con el estilo del autor y lograr una mejor comprensión de la obra. De ahí que hayamos decidido mantenerlas en la medida de lo posible

² *Ash* en el original: «ceniza» pero también «fresno».

Quizás el miedo tendría que habérselo tenido a la señorita Moore y no a la señorita Bishop, porque Emma se sentía amenazada por la semejanza –espejos, metáforas, nubes, gemelas– y la señorita Moore era una solterona pudibunda como ella; llevaba una aureola de pelo hebroso y esos zapatos bajos de charol con la correa negra que a Emma tanto gustaban y también un sombrero ladeado como el de un capitán inglés, aunque no dentro de casa, como Emma acostumbraba; y escribía símiles que Emma admiraba mucho pero no podía, en puridad, aprobar: que el encantamiento de la mente era como Giesecking haciéndose pasar por Scarlatti... menuda esnob fue la señorita Moore; que los sonidos de una guitarra velozmente rasgueada eran –en efecto– como si Palestrina hubiese compuesto la triple fila de semillas de medio plátano... una imagen preciosa como un huevo de cerámica. En fin, Giesecking tocaba a lo sumo un Mozart sin pedales. El oído de Emma no era todo cerumen, pese a lo que hubiese dicho su padre.

Cuando te sentabas en la sombra de una ventana, y dejabas que tu mente jamás-la-de-la-señorita-Moore se moviera lenta como una cucharilla por un segundo café, los pensamientos aparecían flotando, llevados por la corriente como el río de la señorita Bishop llevaba las barcazas, y pasaban navegando también despacio, de tal forma que su carga podía ser inspeccionada, como cuando su padre le gritaba «cerumen», su boca estridente como estridente era un motor que acelerara hasta el rugido. No has hecho otra cosa que ponerte alta, decía. ¿Por qué no te han crecido los pechos? Te ha crecido la nariz, y esa barbilla larga y fina y afilada. ¿Por qué no un buen par de ubres?

Emma se rascaba el cuero cabelludo hasta que le sangraba y las escamitas poblaban el lavabo o formaban pegotes en el peine; la caspa de los gatos le provocaba ataques de asma; a Elizabeth Bishop le faltaba el aire la mayor parte del tiempo; apapachaba gatos y los hijos de otras personas; las circunstancias la asfixiaban con bastante frecuencia, desde niña, y al poco acababa boca arriba en la cama; a eso conducía la similitud, como el sendero del bosque en el que vivía la bruja.

Quizás Emma tenía miedo de Elizabeth Bishop porque Bishop era también su apellido de solterona. Emma Bishop: mitad ficción, sentía, la otra mitad poeta. Ninguna de las mitades adúltera, por no decir amante de mujeres. Emma imaginaba la cabeza de Elizabeth Bishop vomitando en el fregadero de su cocina. Las poetas no deberían devolver. Tampoco hacerse daño por caerse de los bordillos. Era algo que debería estarle prohibido a cualquier amiga de Marianna Moore. Ahí tumbada, Emma soñaba con ser una borrachuza estúpida, con empapar su goma de borrar, prometiéndose vomitar más tarde, después de concebir otra línea parca, escribirla con la goma arrastrada por un charquito de whisky como el rastro... el rastro...

En escarcha de la mañana, pensó, secando la línea con la palma de una mano inventada, pues no sabía nada sobre el cuerpo de Elizabeth Bishop, salvo que había sido una mujer bajita, de cara redonda, cabezona, tendente más tarde a ser un poco regordeta, flaca como Emma no, claro que no, una Emma cuyas venas huían de la aguja de la enfermera. Por eso no fue una palma concreta la que emborronó el pensamiento del caracol hasta lo indiscernible en la superficie de la mesa,

y fue también una humedad vaga la que empapó la piel de la señorita Bishop.

Emma tenía miedo de Elizabeth Bishop porque Emma había deseado desesperadamente ser poeta, pero no había sido capaz de hacer una lista, no sabía cómo cortar la tela para que coincidiera con un patrón, ni disponer objetos nocturnos, limpiar su peine, dónde plantar el fresno aún por desguazar, lidiar con ocas. Miró por la ventana, vio una tórtola posada en la rama de un árbol, extrañamente, mal, inmóvil, ella. la nube

Ciertos signos, ciertos hechos, ciertos tipos de orden, tal vez, la asustaban, y clases así eran comunes en la poesía de Elizabeth Bishop; en consecuencia, la mayoría de poemas de Elizabeth Bishop yacían ocultos, no recitados, en su volumen de antología poética de Bishop. La mirada de Emma viraba al verse ante la primera rima, la saltaba luego, todo nervios, caía de la página, huía. el pájaro

De ahí que no pudiera afirmar haber entendido a Elizabeth Bishop, ni leído los poemas de Elizabeth Bishop como es debido, ni comprendido a su amiga Marianne Moore, la cual se creía mejor que Bishop, Emma estaba segura, pues así funcionaba el mundo, amigas que ensombrecían a amigas como si la piel de una mujer hubiese sido arrastrada por los árboles invernales de la otra. una nube

Sí, era porque las líneas se parecían a sus huesos, no líneas de tránsito ni líneas de aliento, pues eso eran normalmente las líneas en los buenos poemas, líneas que empujaban a la enfermera a intentar aplastarlas, pincharlas para extraer sangre, no, las venas violetas no eran sino hueso; así cuando la muerte se anuncia a los pájaros, imaginemos, paralizados en las ramas donde el viento les revuelve las plumas más delicadas, aunque

permanezcan ahí más inmóviles aún, más rígidos de lo que será su descomposición.

Cuando, deslizándose ociosa (o así hacía parecer que se deslizaba), la mirada de Emma se posaba en una frase como «profunda de gargantas roncadas», su piel palidecía como si hubiesen tamizado nieve fina sobre una pasarela gris, tras lo cual el pareado se cerraba sobre su grito ahogado, ahogado por el pequeño puño que, en consecuencia, metía en su boca abierta, muy abierta... «una orden sin sentido flota...». Emma sentía que aclarando su piel de nube seguía el ejemplo deshojado de cada línea para que cualquiera pudiese ver el pájaro sobre su hueso como un chichón, un moratón hinchado. Tenía miedo porque sentía el ojo del azor. Tenía miedo de la comadreja entre sus rodillas. miedo

Emma tenía una casa en Iowa, vacía y espaciosa y fría en el otoño. Por lo demás inhabitable. Tenía ventanas delgadas con vistas amplias, una cocina con encimeras de madera cepillada, una caseta de madera construida con tablones hoy blanquecinos, una terraza tímidamente pandeada, un malezal por jardín. A la mesa de la cocina, repleta de grietas y marcas de cuchillos, Emma Bishop se sentaba bajo la luz traicionera de una bombilla pelada y veía a las dos poetas, con pechos y sin pechos, tocándose las yemas de los dedos estirados, mientras en realidad la tórtola, como una piedra emplumada, moría en su mirada.

Emma vivía de su cuerpo como en su día se decía de algunas gentes que vivían de la tierra, y poco quedaba ya de ella. Por el país de Emma discurrían los ríos de Elizabeth Bishop, se extendían como laminados, creaban su geografía: cabo, bahía, lago, estrecho... nieve en ninguna colina

Adelgazaría lo suficiente, pensó, como para escurrirme a una frase de la poeta como un vestido primaveral. Se preguntó si, cuando grandes porciones de tu placer se tocaban, sentías algo verdaderamente regional, ¿o no era más que una ráfaga de calidez en plena cara o en otra parte? Cuando el lápiz censor de Marianne Moore tachaba una palabra de Elizabeth Bishop –una palabra suya solo suya debido a donde estaba, las palabras no eran posesiones, las palabras eran la materia de lo mental–, ¿el tachón era una regañina maternal o una maternal muestra de amor? No usarás escupir en un poema, querida, ni vomitarás en un fregadero.

Una vez hubo uno de latón, reemplazado hacía mucho por una pila de esmalte fino. Parecía que pudieras llevártela en volandas como una bandeja. Tenía puntitos negros, pero no por los cadáveres de las moscas. Una grieta descendía por un lateral, granulosa por el goteo del grifo, seca y reseca.

Cómo había llegado hasta allí, ¿en una deriva?, para sentarse quieta como una tórtola en un taburete de la cocina a mirar por la ventana mientras ningún pensamiento iba ni venía salvo uno sobre Moore o dos sobre Bishop y los bulbos duros de sus pechos y qué debía suponer para una que un genio te besara con lengua.

Adelgazaría lo suficiente como para decir «Ya no estoy ligada a este mundo; no formo parte de él; su mobiliario me ignora; como al día un trocito de canto llano y una cucharadita de palabra común; en consecuencia, no cago, ni alivio mucho mis pulmones, y me apoyo en lo demás poco más que como lo hace una sombra en la hierba, y en el recuerdo incluso menos». Hacía, de hecho, varios meses que había dejado atrás el desmayo.

Consecuentemente, en ocasiones, se desvanecía con la delicadeza de un espumillón que cae, vestida con camisola verde, para despertar después, pasado el ocaso, más ligera que la oscuridad, un pelín fría, sin marcas, huesos más que quebradizos, sin saber dónde

o cómo había tomado la decisión de tumbarse en una línea de versos y que la enterraran allí; es decir, renacer como simple conjunto de palabras, «la burbuja en el nivel espiritual». Bien, dijo a cuanto quedaba de su ser, ¿qué palabras iban a ser?, palabras graves y educadas, señales en mapas

Eso se convirtió en el proyecto de la señorita Emma Bishop: encontrar otro cuerpo para sus huesos, huesos que al principio apenas veía, pero que ahora eran rígidos, formaban uves dobles, íes griegas y zetas, su presencia más que circunstancial, su presencia más que letras dispuestas al dorso.

La enterrarían en un libro. Los dolientes se asomarían a la tapa abierta. Una señora maquillada³ se seca las lágrimas negras en un pañuelo de papel. ¿Sentir en un pie la presión contra el margen de la página?, ¿verla inhalar la pena despacio como si oliera menta? Está mejor que nunca, dirá alguien. se ha ido al cielo

La negación era su deber, y eso hacía, su deber; se negaba a sí misma; rechazaba la numeración, rechazaba los fondos, rechazaba los saludos, rechazaba los abrazos, rechazaba las tarjetas con sentimientos impresos; ayunó hasta que las cortinas se diafanizaron y los muebles no pudieron ya sentarse un ratito; dijo: «No volveré a coger aire». El cristal poseía más

3 El adjetivo *made-up* podría ser también «inventada».

gravidez que ella. No la energía del vapor, ni la humedad de la bruma, sino como la nube que hacemos flotar contra nuestras gafas cuando exhalamos para limpiarlas. Aun así Emma era todo cuidado, todo

Porque ahora, porque estaba libre de flema, aire, esputo, lágrimas, cerumen, sudor, moco, sangre, comida mascada, del último chorro de excremento —la punta de una cucharadita de azúcar había sido su último bocado— todo su ser veía, su piel veía, el pelo ralo amarillo grisáceo veía, incluso los últimos molares estaban sintonizados, sus poros recibían, el afuera entraba, la luz dejaba moratones donde se posaba, el borde del taburete al sentarse cortaba miembro por el muslo como el alambre atraviesa la carne del queso, y el dolor la recorría como un grito a través de una habitación de alquiler. Porque se lo había negado todo, la vida misma, vida que sabía era una amiga, se acercaba, traía todo

No pidas nada. y recibirás

Estaba mirando el tirador circular de la persiana en la ventana, tenía la piel chupada, los dedos lo buscaron a tientas, su nariz sabía, y fue aquel agujero redondo lo que el mundo aprovechó para entrar en ella entre cosquilleos. Con Emma reducida a su *E*, había espacio de sobra, y luego se, se, se escurriría a una frase, el morro lleno de sustancia, no solo de olor, no solo del café que llevaba sin servirse desde hacía siglos, o pan recién hecho de ni se sabía cuándo, o un trocito de peonía del lateral de una acera agrietada, sino la sensación en los dedos cuando empujaban una aguja a través de un rizo de tela, o la rugosidad de la tostada sin untar, entre los dedos de los pies el recuerdo de ser niña, el sol de verano, cálido como un abrazo, tiras de papel rojo despedidas de un petardo para